

LA ADULACIÓN DEL DICTADOR Y SU SUPERACIÓN POR MEDIO DEL CORAJE DEMOCRATIZADOR EN *EL SEÑOR PRESIDENTE* DE MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS

THE FLATTERY OF THE DICTATOR AND OVERCOMING IT THROUGH DEMOCRATIZING COURAGE IN MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS' *EL SEÑOR PRESIDENTE*

DIEGO O. PÉREZ HERNÁNDEZ*

RESUMEN: este trabajo explora la importancia que reviste el contraste entre lisonjería y habla franca en *El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias. Para ello, parte por abordar la adulación en la novela como un pernicioso fenómeno político que, por una parte, le confiere legitimidad al régimen dictatorial problematizado en la obra y que, por otra, sirve para desestimar las posibles críticas que se le formulen al gobierno autocrático. Posteriormente, se evidencia que la forma que adquiere en la obra el castigo del vicio en cuestión –por medio de Miguel Cara de Ángel– evoca el suplicio que reciben en la *Divina comedia* los aduladores, que se hallan en el Malebolge sumergidos en estiércol. Finalmente, nuestro planteamiento se complementa con la idea de que la lisonjería es contrastada y superada en la novela por la franqueza y el coraje del estudiante. Se concluye que, por medio de la condena del servilismo y la adulación, y la exaltación del coraje y del habla franca, *El Señor Presidente* respalda los valores y comportamientos políticos vinculados al proceso democrático impulsado en el marco de la llamada “Revolución de octubre”.

PALABRAS CLAVE: *El señor Presidente*, Dante, adulación, coraje, habla franca.

ABSTRACT: This paper explores the relevance of contrasting flattery to frankness within *El Señor Presidente* by Miguel Ángel Asturias. In order to do so, the paper begins by addressing flattery within the novel as a harmful political phenomenon that, on the one hand, legitimates the discussed dictatorial regime in the text and, and, on the other, serves to dismiss the possible criticism against the autocratic regime. It becomes evident later that the shape the punishment of flattery takes within the novel –through Miguel Cara de Ángel– recalls the torment experienced by flatterers in the *Divine Comedy*, who are sunk in manure in Malebolge. The proposal, finally, matches the idea that flattery is both contrasted and overcome within the novel through the frankness and bravery of the student. I then conclude that, by rebuking obsequiousness and flattery as

* Doctor en Literatura, c/m en Literatura Hispanoamericana y Chilena. Investigador independiente. Santiago, Chile. Correo electrónico: diego.octavio.perez@gmail.com. Orcid: <https://orcid.org/0000-0003-1326-6089>.

well as by honouring bravery and frankness, *El Señor Presidente* backs the values and political behaviours linked to the democratic process promoted within the Guatemalan Revolution.

KEYWORDS: *El Señor Presidente*, Dante, flattery, bravery, frankness.

Recibido: 09.12.2020. Aceptado: 10.08.2021.

INTRODUCCIÓN

CONSIDERADA POR Carlos Ferrer (2016) como una de las expresiones narrativas más representativas de América Latina y una fuente ineludible para alcanzar una adecuada intelección de la manifestación de sus dinámicas políticas en el ámbito literario (p. 53), la novela de temática dictatorial ha sido objeto de diversos estudios. Muchos de ellos han destacado la importancia que tiene a la hora de problematizar los discursos oficiales que gobiernos dictatoriales ponen en circulación.

El subgénero en cuestión, en efecto, corre el manto de legalidad que el oficialismo dictatorial utiliza para cubrir las atrocidades y las injusticias de las que depende la existencia del régimen. Al respecto, conviene recordar que Domingo Miliani (1981) explica que ni el autócrata ni las personas que le brindan su apoyo toleran que se hable de dictadura. Por medio de expresiones eufemísticas y alocuciones laudatorias, se intenta negar, ocultar la realidad. Así, en función de los discursos bombásticos que los simpatizantes del régimen hacen circular, la figura del dictador, sus cualidades como gobernante, son exaltadas. Al mismo tiempo, la “condición dictatorial” de su conducta se esfuma de la escena pública (p. 204): su lugar es reemplazado por la creencia de que el dictador ejerce el poder de manera legal (p. 205).

La explicación de Miliani puede complementarse con lo señalado por Sharon Ugalde (1980), quien sostiene que la novela de temática dictatorial corresponde a “un vehículo extraordinario para la reivindicación de la historia y la búsqueda de una verdad libre de distorsionadas versiones oficiales” (p. 131). Más recientemente, en *Novela y dictadores en América Latina. La identidad en ficción, pensamiento y forma*, de Mercedes Fernández (2008), esta concibe el subgénero en cuestión como una forma épica propiamente latinoamericana que, de un modo irónico y subversivo, aspira a formular una construcción identitaria que trasciende lo nacional y a develar los orígenes míticos e históricos de lo latinoamericano. El modo en que se realiza ese constructo supone la capacidad “de incorporar la ex-

perencia real del continente, y no simplemente la historia oficial –o las múltiples historias oficiales– de esa experiencia” (p. 215).

A los discursos legitimadores –que van desde eruditos tratados sociológicos (piénsese en *Cesarismo democrático*, de Laureano Vallenilla (1991)) hasta poemas de carácter panegírico (los poco conocidos sonetos aduladores que el poeta español exiliado en República Dominicana, Enrique López Alarcón, le dedicó a Trujillo)–, la novela de temática dictatorial se opone en tanto que constructo cuyo objetivo es “denostar” la dictadura (Miliani 1981, p. 207) y develar críticamente su verdadera y horrible realidad.

Manuel Estrada Cabrera –*El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias (2014)– fue otro dictador que propició un clima en el que el terror se mezclaba con la adulación. Al parecer, fue un hombre particularmente vanidoso: de acuerdo con Carlos Wyld (1967), el autócrata

imaginábase que el mundo entero se preocupaba por él, que las naciones extrañas le admiraban y mantenían fija su atención sobre Guatemala y su gran gobernante. (...) la opinión internacional merecía respetos especiales; y conquistarse un renombre personal en el exterior fue uno de sus afanes más tenaces. (p. 146)

La fatuidad llevó a que la lisonjería rodeara al “Señor Presidente”. En *¡Ecce Pericles!* Rafael Arévalo (1945) evoca el clima de adulación que se respiraba durante el cabrerato:

En tiempos de Cabrera nada quedó incólume: todo sufrió los efectos de racha pestilente. En vez de inculcar a la niñez sentimientos de honor e ideas de pureza, se pervirtió toda noción en ella: la escuela se tornó semillero de aduladores que iniciaban su inteligencia con bajezas; los niños cantaban en los colegios alabanzas al dictador; en las minervalias iban a rendir una especie de culto al hombre todo poderoso y a entretenerle con bailes y zalemas que tanto rebajan la dignidad germinante como comprometían la inocencia infantil. (p. 7)

No todas las formas por medio de las cuales un determinado régimen dictatorial adquiere legitimidad son iguales. En lo que a la lisonjería respecta, en algunos casos, podemos estar ante la exhibición de una falsa lealtad destinada a no levantar sospechas: a través de las adulaciones, el lisonjero finge que es un admirador del régimen, gracias a lo cual evita ser percibido como un posible enemigo. Al mismo tiempo, “nutre el ego del autócrata, quien puede mostrarse con mayor propiedad como alguien aclamado por el pueblo” (Cañete, 2008, p. 128). En un contexto así, se puede llegar a com-

prender que, para evitar comparecer ante los agentes de la policía secreta, un padre o una madre prefieran soportar con resignación que su hijo entonces en la escuela alabanzas al dictador.

En otros casos, sin embargo, la adulación resulta menos comprensible (y más indignante): se trata de aquellas situaciones en las que el autor de los halagos al dictador no es alguien preocupado de salvar su vida, sino un adulador profesional cuyo objetivo es cosechar honores y riquezas. En *El autócrata*, Carlos Wyld (1967) recuerda que Enrique Gómez Carrillo supo aprovechar

la megalomanía del autócrata chapín, quien tratándose de la adulación a su persona y a sus obras, llegó a caer en la memez y la majadería. José Santos Chocano recibió también dádivas a cambio de loas versificadas a la Minerva tropical y a su hijo predilecto, el excelentísimo señor licenciado Manuel Estrada Cabrera¹. (Wyld, 1967, p. 149)

Gómez Carrillo, en efecto, fue un hombre que aduló sin problemas al “Señor Presidente”. El llamado “príncipe de los cronistas” incluso llegó a afirmar públicamente: “yo ya no me resigno (...) a vivir aquí en Guatemala: por eso voy a adular a Cabrera para que me dé un puesto en Europa” (Arévalo, 1945, p. 38).

Por el clima de violencia y adulación que propició (entre otras razones), Asturias “denostó” –recordemos que la expresión es de Miliani– a Estrada Cabrera y su régimen en *El Señor Presidente*. Dada la maestría y originalidad con que lo hizo, la obra en cuestión ha sido vista por la crítica como una de las más altas cumbres de la novela de temática dictatorial. Ya sea por la fuerza con la que sintetiza lo que significa vivir bajo el yugo de una dictadura en Hispanoamérica, la profundidad con la que estudia la esencia del poder despótico o la intensidad de las imágenes que dan cuenta del terrible sufrimiento que padecen los habitantes del continente hispanoamericano por culpa de gobiernos autocráticos, lo cierto es que, en general, desde Giuseppe Bellini (1977) hasta Alejandro Lanoël-d’Aussenac (2014), los estudiosos coinciden en que estamos ante un texto de inestimable valor en lo que respecta a la problematización de las dictaduras hispanoamericanas.

Sin embargo, no se ha abordado en profundidad la forma en que la obra problematiza la adulación. Ciertamente, la relación entre lisonjería y la re-

¹ Según Francisca Noguero (1992), la megalomanía es también una de las características que, en general, exhiben los déspotas en la novela de temática dictatorial (p. 94).

presentación novelística de la dictadura ha sido objeto de estimulantes reflexiones. Nieves Pinillos (1987), por ejemplo, observa que

Un análisis del contenido de esta temática [la dictadura] nos lleva directamente ante el gran protagonista, el dictador, para mostrarnos los entresijos de su compleja personalidad, en la que destaca, como una constante invariable, la necesidad imperativa de adulación. Se diría que en esto el dictador es casi infantil. Necesita ser adulado sin proporción ni medida, ni sentido del ridículo. Y conociendo su debilidad al elogio, el personaje-sicario compite en utilizarlo. (pp. 19s)

No obstante, como acabamos de señalar, de acuerdo con nuestras pesquisas, la lisonjería en *El Señor Presidente* ha recibido escasa atención. Estela Pandiello (1973), por ejemplo, se limita a señalar que “el halago permanente, la adulonería constante, los recursos totales del país a su completa disposición, el poder de vida y muerte sobre la población, llegan a convencerlo [al presidente] de su grandeza, de su superioridad personal, de ser imprescindible” (p. 26). Gerardo Vallejo (1976), por su parte, solo observa que “Cara de Ángel, quien sabe de todas las patrañas de su amo (...), se ha entregado en cuerpo y alma a adularlo y a cumplir rápida y ciegamente sus órdenes” (p. 48). Curiosamente, Ferrer (2016) se refiere a la adulación en el *Tirano Banderas*, pero no en *El Señor Presidente*, novela que también aborda en su tesis doctoral. De manera similar, Juan Rosado (2017) apenas dice que, en la novela de Asturias, “otra denuncia política es la adulación hacia la figura del sanguinario” (p. 26). Daniel Solano (2018), finalmente, observa que “el mundo que gravita a su alrededor [del dictador] se encargará de dotarlo de una constitución divina en un juego de adulación, idolatría y patriotismo” (p. 73).

Se trata de una dimensión de gran relevancia en la novela, toda vez que esta no se limita a develar, por medio de imágenes dantescas, los horrores de la dictadura, a sacar a la luz el clima de pesadilla que se respiraba durante el cabrerato, sino que también problematiza la textura de los velos de adulación por medio de los cuales ese mundo infernal es encubierto. Dicho en otras palabras: *El Señor Presidente* es una novela que quita, pero también analiza artísticamente el manto de adulación por medio del cual el régimen dictatorial pretendía ocultar la innecesaria crueldad que administraba.

La importancia que, como intentaremos demostrar más adelante, reviste la lisonjería en *El Señor Presidente* debe vincularse con el momento en que esta novela se publicó. Esto se debe a que, si bien se “inspira” en los años en que Estrada Cabrera gobernó dictatorialmente Guatemala (1898 –

1920), vio la luz en 1946², es decir, a comienzos de lo que Manuel Galich (1994) describió como los *Diez años (1944-1954) de primavera en el país de la eterna dictadura (1838-1974)*. Por aquel entonces, la Segunda Guerra Mundial se acercaba a su fin y, como consecuencia de los aires democráticos que empezaron a correr, varias dictaduras hispanoamericanas cayeron. Una de ellas fue la de Jorge Ubico, que fue derrocado en el marco de la “Revolución de octubre” gracias a la acción de una naciente clase media, profesores y estudiantes (Reid, 2007, p. 83).

En 1945, tras la celebración de las elecciones más libres que jamás se habían visto en el país centroamericano, Juan José Arévalo llegó a la presidencia. Fuertemente influenciado por el “New Deal” de Roosevelt, Arévalo impulsó –nueva Constitución mediante– una serie de reformas democratizadoras, que iban desde la ampliación del derecho a votar a todos los adultos (excepto las mujeres analfabetas) hasta la clasificación del racismo como un crimen. A pesar de que la oposición arreció vigorosamente, Arévalo mantuvo siempre la libertad política y de prensa (Reid, 2007, p. 83).

Considerar este contexto es importante porque la problematización que se hace de la adulación en *El Señor Presidente* no solo dialoga con la dictadura de Estrada Cabrera –quien, después de todo, había sido depuesto más de veinticinco años antes de que la novela se publicara–, sino también con el movimiento democratizador que se articulaba en Guatemala por aquel entonces. En ese marco político, si por una parte el lisonjero más significativo de la novela –el favorito del mandatario, Miguel Cara de Ángel– es (simbólicamente) condenado al infierno, por otra, también se permite que sobreviva a su paso por las dantescas mazmorras del régimen el estudiante, es decir, el personaje que es todo lo contrario del adulator y que encarna valores indispensables para vivir en una sociedad auténticamente democrática, a saber, el coraje, el habla franca y la búsqueda del bien común. En ese contexto simbólico, si se quiere, la condena a las mazmorras infernales de la dictadura del personaje que encarna una actitud y un vicio pernicioso para una vida democrática saludable sirve precisamente para realzar las significaciones asociadas al estudiante, cuya liberación adquiere la connotación de un movimiento –si se nos permite el neologismo– “anabásico”.

² Agradezco a uno de los evaluadores de este artículo, quien planteó lo oportuno que resulta precisar que, desde la primera edición de Editorial Losada (1948), se consignan al final de la novela los datos de fechas que Asturias señaló, a saber, Guatemala, diciembre de 1922; París, noviembre de 1925 y 8 de diciembre de 1932.

Para desarrollar esta lectura, lo que sigue se organizará en tres secciones. En la primera, abordaremos cómo se exploran las significaciones e implicancias asociadas a la adulación en la novela de Asturias. Con ese fin, nos centraremos en el personaje Cara de Ángel. En la segunda sección, nos detendremos en el dantesco castigo que este personaje sufrirá, un suplicio que se construye desde el tormento en que los aduladores sufren en el octavo círculo del infierno de Dante. En la última sección, compararemos al “favorito” del dictador, Cara de Ángel, con el estudiante, haciendo énfasis en cómo este, en función del proyecto democrático que encarna, se erige como la antítesis del otro personaje recién nombrado.

1. EL “CHAQUETEO”

Íntimamente vinculada, según Thomas Hobbes (1980), con la inclinación de ciertas personas a la vanagloria –puesto que “estiman su capacidad por la alabanza de otros hombres” (p. 202)³–, de acuerdo con Yuval Eylon y David Heyd (2008), la adulación –o, como se dice en el país de Asturias, el “chaqueteo”⁴– consiste en un acto comunicativo que suele implicar el empleo explícito de un vocabulario excesivamente elogioso para describir las cualidades o logros de la persona adulada (p. 686). De manera similar, Daniel Kapust (2011) la define como un discurso congraciador utilizado para conseguir un beneficio personal (p. 680).

La adulación puede ser vista como un problema político (Kapust, 2011, p. 681), puesto que aparece donde existen diferencias de poder y estatus entre dos grupos. Por medio de ella, el lisonjero intenta sortearlas y alcanzar su objetivo de un modo indirecto. La persona aduladora no se conforma con la brecha que existe e intenta transformar la relación impersonal y jerárquica en una de carácter más personal e igualitaria (Eylon & Heyd, 2008, p. 690).

Aunque a la mayoría de las personas les gusta ser aduladas, según afirma Aristóteles en la *Ética a Nicómaco*⁵, son los individuos poderosos y prestigiosos quienes suelen atraer a los lisonjeros. Los reyes, por ejemplo, co-

³ “Flattery” en el original. De acuerdo con Eylon y Heyd, etimológicamente, este término deriva del acto de “aplanar” –“flattening down” o “alisar” (en el sentido de “suavizar”). Hace referencia al intento de allanar de alguna forma ciertas relaciones personales (Eylon & Heyd, 2008, p. 685).

⁴ De acuerdo con el *Diccionario de guatemaltequismos*, “chaquetear” significa “halagar servil o intresadadamente” (Morales, 2007, p. 24).

⁵ “La mayoría de los hombres, a causa de su ambición, parecen preferir ser amados a amar, y, por eso, a la mayoría les gusta la adulación; en efecto, el adulador es un amigo en posición inferior a un hombre que finge ser tal y amar más que ser amado; pero ser querido parece ser cercano a ser honrado, y esto es a lo que aspira la mayoría” (1159a15).

múnmente desarrollan el deseo “de admiración, o de ser ensalzados [“being flattered”] por descollar en algún arte o en otra capacidad de la vida” (Hobbes, 1980, p. 200). Esto hace que sean especialmente susceptibles a los aduladores, quienes pululan en las cortes y los seducen con palabras zalameras (Kapust, 2011, p. 683). Se trata de una situación problemática porque puede conducir a que, incitado por sus adictos, el gobernante tome malas decisiones políticas que afecten negativamente la vida de la comunidad: como decía Isócrates, resulta “lógico que a causa de los que siempre prefieren hablar para agrandar no solo no puedan durar las monarquías que arrastran muchos riesgos inevitables, sino tampoco los gobiernos que tienen más estabilidad” (“A Antípatro”, §6).

Sin embargo, es con las tiranías que se ha visto que el problema de la adulación alcanza las cotas más peligrosas. En la *República*, de Platón, Sócrates dice que una de las primeras medidas que adopta el tirano es eliminar a todos los que “han colaborado para establecerlo y que tienen poder [, y que] hablan francamente con él o entre sí, censurando lo que sucede, al menos los que se da el caso de que son los más viriles” (567c). En el pensamiento político antiguo, la *parresía* era considerada un antídoto contra la adulación y sus efectos. En tanto que habla libre, de acuerdo con Matthew Landauer (2012), el fenómeno en cuestión consistía en una norma para aconsejar, en una condición necesaria a la hora de asistir a quien toma decisiones, ya fuera un individuo o un grupo de personas (p. 187). En un régimen tiránico, el lugar de las personas que dicen las cosas llanamente es ocupado por los aduladores, que gozan de una posición privilegiada. Según dice Aristóteles en la *Política*, son honrados “entre los tiranos los que se comportan con ellos de manera humillante, lo cual es obra de la adulación. De hecho, por esto la tiranía es amiga de los malos pues les agrada ser adulados” (5.1314a).

A la luz de los testimonios reproducidos en la introducción, no es difícil apreciar que Estrada Cabrera se comportaba como uno de los monarcas de Hobbes o como uno de los tiranos de Platón o Aristóteles. Ahora bien, lo importante aquí es que *El Señor Presidente* problematiza ese clima de adulación. Por sus páginas, en efecto, desfilan varios “chaqueteros”: uno de ellos es *Lengua de Vaca*, cuyas grandilocuentes alocuciones han contribuido a que se crea que el temible mandatario observa rigurosamente el derecho y que respeta la libertad y la dignidad de las personas. Oficialmente, la nación “marcha a la descubierta de los pueblos civilizados”, “a la vanguardia del progreso que Fultón impulsó con el vapor de agua”, gracias al manejo del “muy ilustre protector de las clases necesitadas” (Asturias, 2014, p. 208).

En función de la adulación, el personaje más importante corresponde al favorito del mandatario. Ya sea dentro o fuera de la ficción, junto a los dictadores suele hallarse el *favorito*, que se encarga de extender “la tiranía más allá de las esferas inmediatas del poder” (Camacho, 2003, p. 203). En la novela, este rol lo desempeña Cara de Ángel, que sabe que la adulación es un excelente medio para acercarse al dictador y congraciarse con él. Esto queda en evidencia cuando al mayor Farfán le aconseja “como amigo que busque la manera de halagar al Señor Presidente” (Asturias, 2014, p. 288). Existen, desde luego, otras formas: ambos personajes saben que

“cometer un delito”, (...) [es el] medio (...) más eficaz para captarse la buena voluntad del mandatario; o “ultrajar públicamente a las personas indefensas”; o “hacer sentir la superioridad de la fuerza sobre la opinión del país” o “enriquecerse a costillas de la Nación” o...

El delito de sangre era el ideal; la supresión de un prójimo constituía la adhesión más completa del ciudadano al Señor Presidente. (Asturias, 2014, p. 288)⁶

Miguel debe haber perpetrado crímenes nefandos para haber llegado a ocupar el privilegiado lugar que tiene en el régimen: no por nada se dice una y otra vez que es “bello y malo como Satán” (Asturias, 2014, p. 145); sin embargo, difícilmente se habría convertido en el favorito del autócrata solo por medio de tales acciones⁷. Este lugar se relaciona más bien con el consejo que recibe de su mujer el doctor Luis Barreño, quien se niega a “entender que para ser algo en esta vida se necesita más labia que saber” (Asturias, 2014, p. 140). Existen al menos dos instancias en las que el favorito se muestra lisonjero con su amo. La primera se da a propósito de la muerte de Parrales. El dictador lo ha mandado a llamar y, en respuesta a la pregunta sobre quiénes son los que dicen que él “no debía gobernar este país”, profiere estas zalameras palabras:

⁶ Todas estas frases están entre comillas en el original. Lo mismo ocurre con los últimos puntos suspensivos.

⁷ Si fuera por cometer crímenes, la envidiable posición de Miguel debería haber sido ocupada por el Auditor de Guerra. Por otra parte, en una oportuna nota incluida en la versión de la Colección Archivos de *El Señor Presidente*, Gerald Martin (2000) señala que, en la construcción de Cara de Ángel, Asturias se “inspiró” en Alonso Gálvez Portocarrero, un colaborador de la dictadura a quien nuestro autor recuerda precisamente como alguien con admirables cualidades oratorias. En la misma nota, nos enteramos de que Asturias también se basó (parcialmente) en el poeta Joaquín Méndez (p. 365). Vemos, pues, que la “labia” juega un rol importante en la construcción del personaje en cuestión.

¡Yo, el primero, Señor Presidente, entre los muchos que profesamos la creencia de que un hombre como usted debería gobernar un pueblo como Francia, o la libre Suiza, o la industriosa Bélgica o la maravillosa Dinamarca! Pero Francia..., Francia sobre todo... ¡Usted sería el hombre ideal para guiar los destinos del gran pueblo de Gambetta y Víctor Hugo! (Asturias, 2014, p. 146)

La segunda oportunidad corresponde a la situación en que visita al tiránico gobernante en su casa de campo. A este le causa extrañeza que su interlocutor ignore algo sobre lo que escribió Swett Marden. Entonces, el favorito contesta: “Extraño, ya lo creo, para un hombre de la vasta ilustración del Señor Presidente, que con sobrada razón se le tiene en el mundo por uno de los primeros estadistas de los tiempos modernos; pero no para mí” (Asturias, 2014, p. 335).

Para la mayoría de los miembros de la sociedad, el dictador constituye una figura inaccesible: piénsese, por ejemplo, en la esposa de Carvajal, quien intenta entrevistarse con él en su casa de campo para evitar que su marido sea fusilado. Pese a sus esfuerzos, la única respuesta que obtiene es: “El Señor Presidente no recibe, señora; regrese...” (Asturias, 2014, p. 331). Por el contrario, a punta de lisonjas, Miguel ha podido granjearse una posición privilegiada en el régimen y sortear mejor que ningún otro personaje el abismo que existe entre el autócrata y el resto de la gente. Gracias a la confianza que le tiene el mandatario, aunque sea modestamente, el lector tiene la oportunidad de conocer su neurótica intimidad. Es en uno de los encuentros de los personajes que nos enteramos, por ejemplo, de que la infancia y la juventud de “Su Excelencia” fueron difíciles:

Un columbrón a las calles que transitó de niño, pobre, injustamente pobre, que transitó de joven, obligado a ganarse el sustento en tanto los chicos de buena familia se pasaban la vida de francachela en francachela. Se vio empequeñecido en el hoyo de sus coterráneos, aislado de todos y bajo el velón que le permitía instruirse en las noches, mientras su madre dormía en un catre de tijera y el viento con olor de carnero y cuernos de chiflón topeteaba las calles desiertas. (Asturias, 2014, p. 337)

No hace falta acumular citas que evidencian que las instancias en que el lector puede contemplar el corazón oscuro y ruin del autócrata se generan a partir de la presencia del favorito. Lo relevante es que dichas situaciones son posibles gracias a que, por medio de la adulación, Miguel ha logrado burlar el abismo que separa al común de los mortales del “Señor Presidente” y establecer una relación de proximidad con él.

2. UN CASTIGO DANTESCO

Sin embargo, de nada le servirá al favorito tanta lisonja. Sus enemigos lo indispondrán con el tiránico presidente y Farfán lo traicionará para recuperar la gracia perdida. Entonces, caerá en las mazmorras de la dictadura y se convertirá en “el prisionero del diecisiete” (Asturias, 2014, p. 397).

Tanto para articular su crítica a la dictadura como para construir la prisión donde Miguel va a parar, Asturias se valió del imaginario vinculado a la *Divina comedia*. Como es ampliamente conocido, la lectura del poema de Dante –a mediados de la segunda década del siglo pasado– caló tan hondo en nuestro autor que incluso creyó haber encontrado en el nombre del octavo círculo del infierno –“Malebolge”– el título para su novela⁸. No obstante, persuadido por las sugerencias de sus cercanos, desechó ese título, pues “ligaba sin necesidad la esencia americana de su novela con el infierno de Dante” (Lanoël-d’ Aussenac 2014, p. 28).

Que el texto se titule como lo hace y no *Malebolge*, sin embargo, no ha sido óbice para que autores como Claire Pailler (1996), Arturo Uslar Pietri (2000) y Humberto Robles (2008) hayan percibido que Asturias supo explotar con gran maestría el imaginario y las significaciones vinculadas con el siniestro infierno contenido en la *Divina comedia*. Ahora bien, es importante tener en cuenta que las alusiones al poema de Dante operan en un sistema referencial simbólico invertido (o pervertido). Esto hace que, en el texto asturiano, por una parte, el tiránico mandatario se divinice –es el *Señor Presidente*–; pero, por otra, también se demonice (Ramírez, 2000, p. 56). Los valores, así, se hallan invertidos, y quien se encuentra en la cúspide del poder es un ser demoníaco, no Dios. El mundo, por su parte, se ha convertido en un infierno (Ramírez, 2000, p. 59).

En la *Divina comedia*, Lucifer se halla en lo más hondo del infierno por haber traicionado a Dios. Algo similar ocurre en *El Señor Presidente*: por violar la confianza del mandatario, el favorito –quien, como repite recalcitrantemente el narrador, es “bello y malo como Satán”– irá a parar a lo más profundo de las infernales mazmorras de la dictadura. Sin embargo, su te-

⁸ De acuerdo con Cela, Asturias le contó: “yo soy más dantista que petrarquista. A mi novela *Señor Presidente* hubo un tiempo que pensé titularla *Malevolge* (sic), el último círculo del infierno del Dante” (como se citó en Pailler, 1996, p. 104). Ahora bien, resulta obvio que aquí hay un error: el Malebolge es el penúltimo círculo, no el último. ¿A quién adjudicarle la equivocación? ¿Al escritor español o al guatemalteco? Se trata de una confusión interesante porque, como podremos ver dentro de poco, en el infierno simbólico que opera en la novela de Asturias se castiga la adulación (asociada al octavo círculo infernal en la *Divina comedia*) y la traición (vinculada al noveno).

rrible castigo no obedece únicamente a la traición cometida, sino también a las adulaciones que profirió. Con el fin de demostrar esto, hay que recordar que, para alimentarlo en el inhóspito lugar donde se halla, todos los días se hace descender una lata oxidada con “un bote de caldo mantecoso con desechos de carne gorda y pedazos de tortilla” (Asturias, 2014, p. 395). Para los excrementos se usa otro tarro, origen quizá de los mayores tormentos del favorito:

La primera vez que el del diecisiete lo oyó bajar, creyendo que se trataba de una segunda comida, como en ese tiempo no probaba bocado, lo dejó subir sin imaginarse que fueran excrementos; hedían igual que el caldo. ... ¡Qué terrible oírlo bajar y no tener ganas cuando tal vez acababa de perder el oído en las paredes su golpetear de badajo de campana muerta! A veces, para mayor tormento, se espantaban las ganas de solo pensar en la lata, que venía, que no venía, que ya tardaba, que acaso se olvidaron –lo que no era raro–, o se les rompió la cuerda –lo que pasaba casi todos los días–, con baño para alguno de los condenados. (Asturias 2014, p. 396)

De acuerdo con nuestra lectura de este “coprofilico” fragmento, el tormento de Miguel encierra un simbolismo dantesco. En la *Divina comedia*, los aduladores son sometidos a suplicio precisamente en la sección cuyo nombre el novelista guatemalteco pensó en usar como título para su obra: Malebolge. En ese círculo infernal, los lisonjeros están sumergidos “... en el estiércol, / cual de humanas letrinas recogido” (“Infierno” 18.113-4). Acorde con la ley del *contrapasso*, el sentido de este castigo se torna diáfano a partir de lo señalado por uno de los condenados: “Aquí me han sumergido las lisonjas, / de las que nunca se cansó mi lengua” (18.125-6). El sentido del tormento se vuelve, pues, claro: al igual que los aduladores de Dante, Miguel es castigado a través de heces; es, entre otras cosas, obligado a comer unos alimentos que hieden igual que excrementos humanos. Su castigo, así, es una prolongación simbólica de la vida de lisonjero que llevó⁹.

En contraste con la filosofía moral moderna, que le ha conferido una escasa atención a la adulación (Eylon & Heyd, 2008, p. 685), dada la severidad

⁹ Todavía puede leerse en el *Diccionario de la lengua española* que a las personas lisonjeras y serviles se les dice “lameculos”. Por otra parte, nos parece que la lectura que proponemos capta mejor el sentido del tormento de Miguel que la interpretación desarrollada por José Manuel Camacho (2003), que se limita a afirmar que “el preso n°17 sufre ... un proceso progresivo de *animalización*. Comerá en las mismas letrinas en las que hace sus necesidades; intentará sobrevivir al olor nauseabundo que todo lo invade a su alrededor y que es también un reflejo de la putrefacción de su propio cuerpo” (p. 213).

con la que Miguel es castigado, resulta indudable que Asturias le brindó una gran importancia en *El Señor Presidente*. Se trata de algo comprensible, considerando cuán nocivas son este tipo de prácticas discursivas en el marco de gobiernos dictatoriales. Hannah Arendt (2014) ha señalado que “incluso el tirano, el que manda contra todos, necesita colaboradores en el asunto de la violencia aunque su número pueda ser más bien reducido” (p. 56). En su novela, Asturias nos muestra que el autócrata moderno necesita la asistencia de terceros no solo en relación a la cruel coerción de las víctimas del régimen, sino también a la hora de ocultarla: sin alabanzas como las de *Lengua de Vaca* o *Cara de Ángel*, difícilmente podrían mantenerse por mucho tiempo las formas modernas de tiranía. A diferencia de Edipo, quien en la tragedia sofoclea puede decir públicamente, a vista y paciencia de los tebanos, que quiere que Creonte muera porque es un conspirador (Sófocles, 1983, 618-24), el tirano moderno debe ser más sutil: de acuerdo con Simon Tormey (2005), las tiranías de la modernidad se caracterizan por el hecho de que la coerción, el control y la disciplina se ejercen sofisticadamente (p. 71). Parte de esa sutileza pasa por la puesta en circulación de discursos laudatorios elaborados por panegiristas del régimen que sirven para ocultar las atrocidades que llevan a cabo los esbirros: según Wyld (1967),

Cuando los emigrados guatemaltecos lograban interesar, aunque fuese someramente y a título de curiosidad, a los políticos y a los públicos extranjeros acerca de las desdichas de su patria, nadie les creía. Atribuíanse al despecho y a la pasión política ... lo que era simplemente el alarido ventral de un pueblo, a quien, según frase famosa, “se le había cortado la lengua”. (p. 147)¹⁰

Sin embargo, como revela críticamente *El Señor Presidente*, bajo las apariencias que tejen los discursos oficiales, se esconde una verdad terrible, infernal. Ocultos tras ese manto de legalidad, los esbirros de la dictadura someten a quienes caen en las mazmorras a terribles torturas. En ese contexto, resulta irónico el terrible final de *Cara de Ángel*: termina experimentando en carne propia la crueldad que ayudó a ocultar con sus lisonjas.

¹⁰ A esta razón de carácter político, puede agregarse otra de carácter económico: de acuerdo con Wyld, después de Gómez Carrillo y Santos Chocano (y también de Rubén Darío), “una pléyade de hombrillos y escritoruelos, venidos de todos los puntos de la rosa náutica, invadió Guatemala durante un cuarto de siglo para comer y holgar a costas del tesoro público” (Wyld, 1967, p. 149). No es difícil imaginar la impotencia que deben haber experimentado personas como Arévalo, Wyld y el propio Asturias frente a esa situación en la que el dinero que podría haberse destinado a mejorar la situación de los menos favorecidos de la sociedad se malgastaba en una cáfila de lisonjeros.

3. LA FRANQUEZA DEL ESTUDIANTE

El sentido del horroroso castigo que sufre el favorito no se agota en lo anterior. Como señalamos en la introducción, *El Señor Presidente* vio la luz durante los primeros años de un movimiento democratizador que se estaba articulando en Guatemala. Es natural que, en un contexto así, Asturias buscara excluir la adulación del repertorio de comportamientos políticos porque, como vimos al comienzo de este trabajo, esta se halla al servicio de la obtención de un beneficio exclusivamente personal¹¹. Esto lo ilustra de manera diáfana Miguel, quien, gracias a sus zalamerías, esperaba poder escapar de Guatemala hacia Estados Unidos. Por ello, al condenarlo a las infernales mazmorras de la dictadura, el nobel guatemalteco pareciera clausurar el camino de la adulación, que no busca servir al bien común.

Pero, mientras Cara de Ángel muere en las mazmorras del régimen, Asturias permite que otro personaje se salve: se trata del estudiante –trasunto literario del propio autor cuando joven–, quien, a diferencia del lisonjero favorito del mandatorio, dice valientemente, sin tapujos, lo que cree que es necesario hacer para remediar la funesta situación colectiva. Al final del capítulo “Habla en la sombra”, el sacristán invita a los otros reclusos a orar. El estudiante, no obstante, se opone: “¡Qué es eso de rezar!; No debemos rezar!; Tratemos de romper esa puerta y de ir a la revolución!” (Asturias, 2014, p. 316). Entonces, otro preso, con la barba bañada por las lágrimas, expresa: “¡(...) no todo se ha perdido en un país donde la juventud habla así!” (p. 316).

Lo primero que llama la atención es la franqueza con la que se expresa el estudiante. A diferencia de Miguel, cuyas zalameras palabras no hacen sino evidenciar una personalidad insincera y servil, el personaje del que nos ocupamos ahora afirma de manera llana lo que piensa que es mejor para revertir la situación nacional. Su comportamiento hace recordar a esas personas a las que el tirano de Sócrates busca aniquilar porque censuran lo que ocurre: para el estudiante, no hay que rezar, sino “ir a la revolución”; contra lo que creen los otros presos, no es una amenaza trascendente la que se cierne ominosamente sobre ellos, sino una de índole política: es algo que afecta a los hombres y mujeres en el aquí y el ahora.

Lo segundo que llama la atención sobre el comportamiento del estudiante es su coraje. Ubicado entre el miedo y la confianza según Aristóteles,

¹¹ En el último capítulo de *El Pueblo soy yo*, Enrique Krauze (2018) reflexiona sobre lo peligrosa que puede llegar a ser la adulación del demagogo en el marco de gobiernos democráticos.

de acuerdo con Michael Pfau (2007), en el terreno político, el coraje tiene como componentes esenciales la conciencia de que hay una situación amenazante, por una parte, y la voluntad de enfrentar la causa del miedo existente, por otra (p. 224). Ambas dimensiones del coraje se hallan presentes en el comportamiento discursivo del personaje, quien, al expresar en la bartolina donde está recluido su deseo de “ir a la revolución”, deja en evidencia no solo su voluntad de deponer al tiránico presidente, sino también que no es dominado por el miedo.

En la novela impera un clima de delación. Si al mayor Farfán lo quieren muerto es porque “la meretriz que (...) frecuenta en *El Dulce Encanto* informó al Señor Presidente de sus *farfanadas* revolucionarias” (Asturias, 2014, p. 287). En ese contexto, parece poco verosímil que, después de haber manifestado explícitamente cuál es su proyecto político, el estudiante haya sobrevivido a su paso por la cárcel del régimen. Ahora bien, esto que –si se quiere– no se resuelve tan satisfactoriamente en el ámbito del mundo configurado se explica mejor si leemos sus temerarias palabras en el marco de la llamada “Revolución de octubre”, que, como vimos más arriba, fue un movimiento que derrocó al dictador Jorge Ubico y que tuvo como protagonistas precisamente a los estudiantes (entre otros actores).

Como anunciamos anteriormente, a diferencia de Miguel, quien es privado para siempre de su libertad y tendrá una ignominiosa muerte en las mazmorras de la dictadura, al estudiante lo veremos caminar libre en el epílogo de la novela. Se trata de un contraste significativo porque, de acuerdo con Hannah Arendt (2015), la

convicción de que solo puede ser libre quien esté dispuesto a arriesgar su vida jamás ha desaparecido del todo de nuestra conciencia; y lo mismo hay que decir del vínculo de lo político con el peligro y el atrevimiento en general. La valentía es la primera de todas las virtudes políticas y todavía forma parte de las pocas virtudes cardinales de la política. (p. 73)

El Señor Presidente parece estar construido en torno a esa creencia (que no está exenta de romanticismo). Miguel, el personaje insincero, que prefiere la adulación y el servilismo antes de hablar llanamente, pierde para siempre su libertad y es derrotado por las fuerzas infernales de la dictadura. Por el contrario, el estudiante, que habla francamente y es un ejemplo de coraje, consigue sobrevivir y es liberado. Su historia adquiere entonces connotaciones “anábasicas”: es la historia de alguien que ha ascendido desde los infiernos de la dictadura.

CONCLUSIONES

El objetivo de este trabajo es evidenciar la importancia que adquiere el contraste entre servilismo y adulación, y coraje y habla franca en la problematización artística que hace Asturias en *El Señor Presidente* de lo dictatorial como experiencia política latinoamericana. De acuerdo con la lectura que desarrollamos, la novela no solo explora la adulación en tanto medio que permite sortear el abismo que, en regímenes autocráticos, separa al autócrata de los sujetos gobernados, sino que también problematiza la lisonjería en función de las nefastas consecuencias que tiene como recurso para ocultar la brutalidad del régimen y cosechar beneficios eminentemente personales. Por ello, a través de un complejo diálogo con la *Divina comedia*, el personaje que encarna la adulación en la novela es castigado de una forma que hace recordar a los lisonjeros que chapotean en excrementos en el octavo círculo del Infierno de Dante.

A la vez, en la obra estudiada, Asturias ofrece como alternativa al espíritu cínico, servil y lisonjero del favorito el habla franca y el coraje político del estudiante, elementos necesarios para vivir en una sociedad democrática saludable. Con ello, al mismo tiempo, *El Señor Presidente* no solo hace una de las denuncias más significativas e influyentes del infierno de las dictaduras latinoamericanas, sino que entrega un discurso que parece haber buscado darle legitimidad simbólica al incipiente gobierno de Juan José Arévalo.

Lo anterior tiene una serie de implicancias. En primer lugar, que resulta productivo estudiar *El Señor Presidente* como un discurso que no solo “ultraja” un determinado sistema dictatorial, sino también como una obra que encarna un gran potencial democrático. Uno de los hallazgos más significativos que ofrece este trabajo se relaciona con esto último: en función del contraste establecido entre Miguel y el estudiante, este texto mostró que, de manera sutil (lo que no le resta importancia), la novela de Asturias se construye en torno a la convicción de que el coraje constituye una virtud política de gran valor. En ese contexto, el dantesco castigo del favorito del dictador no es una mera *vendetta* anacrónica de un odioso vicio que se dio durante el cabrerato, sino que corresponde a un recurso que contribuye a realzar la significación de anátesis de las infernales mazmorras del régimen protagonizada por el estudiante.

Otra idea que se desprende de este trabajo tiene que ver con la importancia que adquiere el contexto histórico en que se publicó *El Señor Presidente*. Como este trabajo ha patentizado, la consideración de la llamada “Revolución de octubre” permite descubrir nuevas significaciones en esta obra fundamental de las letras latinoamericanas, que parece apoyar dicho

movimiento democrático por medio de una visión idealizada de uno de los protagonistas del movimiento que derrocó a Ubico, a saber, el estudiante. Al respecto, resulta significativo recordar la importancia que el presidente Arévalo le confirió al coraje estudiantil: en el discurso que profirió en el acto inaugural de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Guatemala, por ejemplo, dijo que la división académica en cuestión “no está llamada a crear figuras políticas, pero sí a producir ese tipo de personalidades por cuya conducta y por cuya palabra, la juventud de una nación se siente inspirada de fe, de coraje y abnegación” (como se citó en Berrocal, 1966, p. 198). Vemos, pues, que, desde el punto de vista discursivo, existe una cierta sintonía entre Asturias y el presidente recientemente electo: en ambos se conjugan las ideas de esperanza, juventud y valentía. Existe, sin embargo, una diferencia significativa: mientras que Arévalo busca despolitizar al estudiantado, el noble guatemalteco lo politiza: su estudiante es, como vimos, un revolucionario.

Otra diferencia significativa que cabe señalar radica en el carácter simbólico que envuelve al estudiante asturiano: en *El Señor Presidente*, es ante todo un símbolo del estudiantado guatemalteco que, con denuedo y habla franca, consiguió deponer no solo a Estrada Cabrera, sino también a Ubico. Ello permitiría resolver la inverosimilitud que, como vimos, existe en el plano de la diégesis: resulta poco creíble que el personaje en cuestión salga libre de las mazmorras del régimen después de proclamar sus intenciones revolucionarias; sin embargo, ello se torna comprensible si lo consideramos como la representación de un actor social relevante de la vida social guatemalteca.

Por estas razones, se puede concluir que *El Señor Presidente* no solo es una novela sobre la dictadura y uno de los mecanismos discursivos que esta clase de regímenes políticos necesita para sobrevivir (la adulación), sino también una exaltación del coraje y del habla franca como elementos fundamentales para vivir en una sociedad auténticamente democrática. Con ello, la novela de Asturias adquiere un valor paradigmático a la hora de pensar en la vida política latinoamericana, cuyas ansias de una vida pacífica y democrática se alimentan del horror y la violencia dictatoriales.

REFERENCIAS

- Alighieri, D. (2012). *Divina comedia*. Madrid: Cátedra.
Arendt, H. (2014). *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza.
Arendt, H. (2015). *¿Qué es la política?* Barcelona: Paidós.

- Arévalo, R. (1945). *¡Ecce Pericles!* Ciudad de Guatemala: Tipografía Nacional.
- Aristóteles (1988). *Política*. Madrid: Gredos.
- Aristóteles (2014). *Ética a Nicómaco*. Madrid: Gredos.
- Asturias, M. A. (2014). *El Señor Presidente*. Madrid: Cátedra.
- Bellini, G. (1977). 'El Señor Presidente' y la temática de la dictadura en la nueva novela hispanoamericana. *Anuario de estudios centroamericanos*, 3, 27-55.
- Berrocal, F. (1966). Juan José Arévalo: el hombre y el político. *Revista de Filosofía*, 18, 189-205.
- Camacho, J. M. (2003). 'Verdugos' y 'favoritos' en la novela de la dictadura. *Caravelle*, 81, 203-228.
- Cañete, C. (2008). La retórica de la adulación en la literatura de los españoles exiliados en la República Dominicana: el caso de Enrique López Alarcón. *Hispanic Review* 80(1), 127-146.
- Eylon, Y. & Heyd, D. (2008). Flattery. *Philosophy and Phenomenological Research* 77(3), 685-704.
- Fernández, M. (2008). *Novelas y dictadores en América Latina. La identidad en ficción, pensamiento y forma*. Bogotá: Taller de edición Rocca.
- Ferrer, C. (2016). Poética de la novela del dictador hispanoamericano. Origen, evolución y agotamiento de un subgénero novelístico. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- Galich, M. (1994). *Diez años de primavera (1944-1954) en el país de la eterna tiranía (1834-1974)*. Ciudad de Guatemala: USAC-CEUR.
- Isócrates (1980). A Antípatro, *Discursos II*. Madrid: Gredos.
- Hobbes, T. (1980). *Leviatán*. Madrid: Editorial Nacional.
- Kapust, D. (2011). The Problem of Flattery and Hobbes's Institutional Defense of Monarchy, *The Journal of Politics* 73(3), 680-691.
- Krauze, E. (2018). *El pueblo soy yo*. México, D. F.: Debate.
- Landauer, M. (2012). 'Parrhesia' and the Demos Tyrannos': Frank Speech, Flattery and Accountability in Democratic Athens, *History of Political Thought* 33(2), 185-208.
- Lanoël-d'Aussenac, A. (2014). Introducción. *El Señor Presidente* (pp. 9-97). Madrid: Cátedra.
- Martin, G. (2000). Notas explicativas. *El Señor Presidente* (pp. 334-425). Barcelona: ALLCA XX.
- Miliani, D. (1981). El dictador, objeto narrativo en *El recurso del método*. *Revista Iberoamericana*, 114-5, 189-225. Disponible en <https://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/3622>
- Morales, S. (2007). *Diccionario de Guatemaltequismos*. Ciudad de Guatemala: Librerías Artemis Edinter.
- Noguero, F. (1992). El dictador latinoamericano (aproximación a un arquetipo narrativo), *Philologia Hispalensis*, 7, 91-102. Disponible en <https://gredos.usal.es/handle/10366/136954>
- Pailler, C. (1996). Souvenirs de *La Divine Comédie* dans *El Señor Presidente*, *Caravelle*, 66, 103-112.

- Pandiello, E. (1973). Características psicológicas de *El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias. Tesis de magíster, University of Richmond.
- Pfau, M. W. (2007). Who's Afraid of Fear Appeals? Contingency, Courage, and Deliberation in Rhetorical Theory and Practice”, *Philosophy & Rhetorical Theory* 40(2), 216-237.
- Pinillos, N. (1987). *El sacerdote en la novela hispanoamericana*. México, D. F.: UNAM.
- Platón (1988). *República*. Madrid: Gredos.
- Ramírez, J. (2000). La impotencia de Dios en el infierno de la dictadura y la función subvertidora de lo erótico en *El Señor Presidente*, *Identidad centroamericana*, 5, 55-70.
- Reid, M. (2007). *Forgotten Continent. The Battle for Latin America's Soul*. New Haven y Londres: Yale University Press.
- Robles, H. (2008). Perspectivismo, yuxtaposición y contraste en *El Señor Presidente*, *Guaraguao* 12(27), 33-54.
- Rosado, J. (2017). Crítica de la crítica. La visión de Richard J. Callan sobre *El Señor Presidente*, de M. A. Asturias, *La Colmena*, 28, 22-29.
- Sófocles (1983). *Edipo rey*. Madrid: Gredos.
- Solano, D. (2018). Décimas presidenciales. Una lectura alternativa de *El Señor Presidente* de Miguel Ángel Asturias, *Repertorio Americano*, 28, 67-81.
- Torney, S. (2005). What is Tyranny? Considering the Contested Discourse of Domination in the Twenty-first Century. En T. Koivukoski (ed.). *Confronting Tyranny, Ancient Lessons for Global Politics* (pp. 67-79). Oxford: Rowman & Littlefield Publishers, Inc.
- Ugalde, Sh. (1980). *El gran solitario de palacio* y la modalidad de la ironía, *Inti: Revista de literatura hispánica*, 1(12), 36-46.
- Uslar Pietri, A. (2000). Yo asistí al nacimiento de *El Señor Presidente*. *El Señor Presidente* (pp. 509-514). Barcelona: ALLCA XX.
- Vallejo, G. (1976). Consecuencias de la dictadura en las novelas *El Señor Presidente* y *Muertes de Perro*. Tesis doctoral, University of the Pacific.
- Vallenilla, L. (1991). *Cesarismo democrático y otros textos*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
- Wylid, C. (1967). *El autócrata*. Ciudad de Guatemala: Editorial José de Pineda Barra.